



ANTOLOGÍA PERSONAL
Las distintas
vidas de
Ricardo Piglia

Página 3



SEBASTIÁN CHILANO
Méndez.
Gente
como uno

Página 4

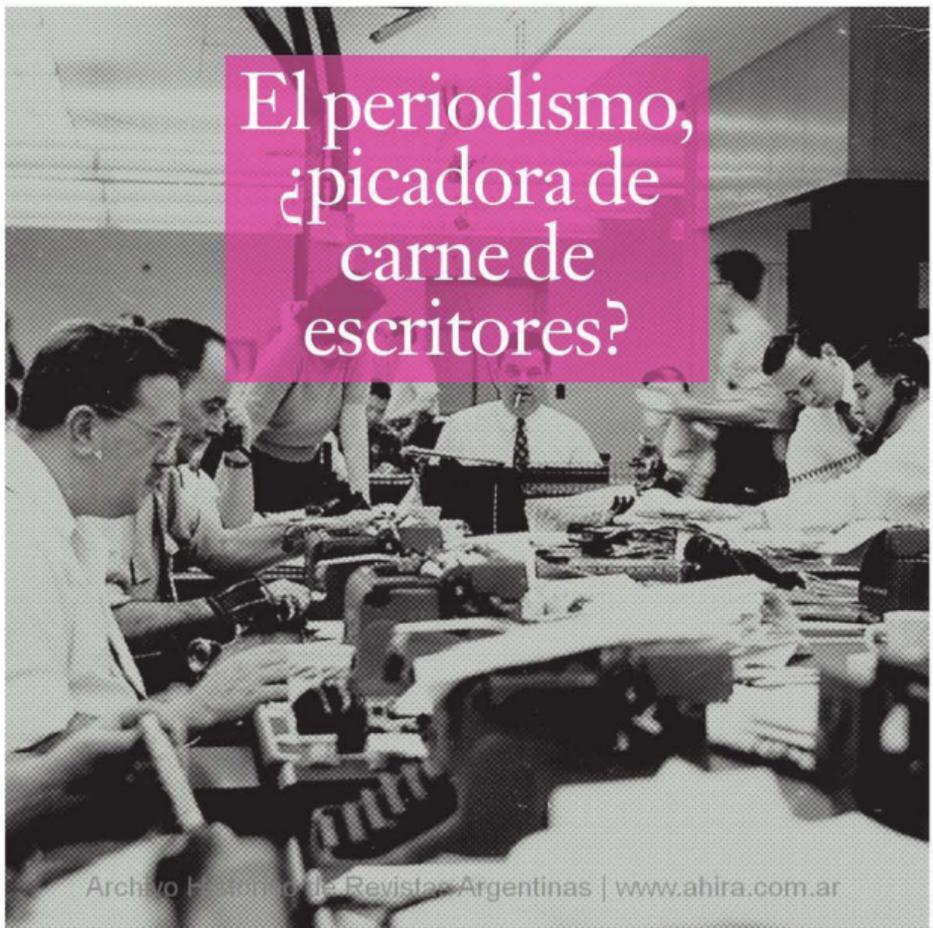

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 161 | MIÉRCOLES 31 DE DICIEMBRE DE 2014



El periodismo,
¿picadora de
carne de
escritores?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En *Seremánia*, el primer libro publicado en el país sobre el tema, el periodista especializado en cine, series y música, Pablo Manzotti, analiza la "era dorada" y "el mejor momento histórico" que está viviendo el formato, busca los orígenes y las razones del fenómeno, explica los cambios en los consumidores y propone apuntes para elegir o profundizar en esa nueva adicción. El libro arranca con una máxima

irrevocable: "nunca la oferta de televisión fue tan amplia y a su vez, de tan alta calidad". Pero, ¿por qué? y esboza una premisa central: "ese crecimiento en el aspecto de la producción general del formato ofrece hoy una imagen que el espectador asocia al cine. La brecha con lo cinematográfico se achicó y hoy los elementos narrativos y las técnicas del cine, llegaron para quedarse en la televisión".



El periodismo,



← Luis Soto

“¿Por qué ellos nunca compran lo mejor tuyo?, ¿por qué serás que saben que vos no lo vendés entero?” decía Germán Rozenmacher, narrador y dramaturgo que tuvo una muerte absurda cuando tenía derecho a vivir 40-50 años más. “Ellos” eran las empresas periodísticas interesadas en incorporar a determinado escritor a su staff.

Es extensa la nómina (incluye a algún artista plástico) de quienes en cierta etapa de su vida debieron vender demasiadas horas de su tiempo y harapos de ideología a diarios y revistas para agenciar un sueldo que les permitiera seguir tropezando por las calles de Buenos Aires. Tipos que remanaban apilados sobre una Remington, una Underwood o una Olivetti, en respuesta al pedado del jefe de turno: “se suicidó la única novia de Robledo Puch, hacete 30 líneas”. Míngas de Google, con el sobre lleno de fotos del “baby face” y recortes de sus hazañas el tipo avanzaba espantando como a moscas el verso escurrizado o el remate del cuento que merodeaban, ajenos a la realidad, ansiosos por alimentar la obsesión.

Ya iba por la línea 25 y el verso y la frase insinúa, ¿a qué hora salís?, entonces el tipo, como en un juego amoroso, fija la cita: te espero a las 11 en el Ramos. En demasiados casos era como pagarle una magna pitanzza —definía en asombrosas gremiales un delicioso amariguista nacido en Sevilla— a Friedrich Gulda para que tocara como Liberace o Rodolfo Biaggi.

La semana pasada se hizo la presentación de las obras completas del poeta Joaquín Giannuzzi y dos hombres que vivieron aquella experiencia evocaron la época en que Giannuzzi laburaba (no cabe otro verbo) en las redacciones de *Crítica y Crónica*. Santiago Sylvestre y Jorge Aulicino trazaron una cédula semblanza del poeta meliódico a oscuro cronista. Al pasar, no más, Sylvestre contó su incursión por la “cuadra” —como se llamaba a las enormes salas de redacción de *La Prensa* y Aulicino mencionó la suya en *Clarín*. El recuerdo de Giannuzzi acercó nombres insignes, irremediablemente olvidados que figuran en esa nómina. Sylvestre contó que el poeta jueño Jorge Calveti le había recomendado que leyera las primeras cosas de Giannuzzi. Calveti también recalcó en *La Prensa* de los 60, donde mediocres prosecretarios lo arumaban encargándole decenas de notas necrológicas.

Este cronista revivía una escena. Calveti charla con Luis Felipe Noé, con quien está cenando en el restaurante del diario. De pronto aparece un jefe de noticias, Daniel Rodríguez, y ordena en voz alta: “Don Jorgito, mírenlo un poquito y pusieron cinco avisos, algo habrá sido, averigüe y haga un sueltito”. Cien veces estuvo Calveti por putear a Rodríguez, pero su dosis de sangre amarillado ayudó a que el rostro se hiciera de piedra. Espléndido pintor, Noé soportó poco su tarea de cronista de Políticas.

Otros dos poetas Antonio Requeni y Oscar Hermes Yllorondo, formaban parte del escuadrón de cronistas del

llamado “diario de los Paz”, pero dedicados a conferencias y congresos. Siempre en *La Prensa*, más fortuna tenía el narrador Juan José Hernández, miembro de la sección Sociales, donde se nombraba a las damas patricias que habían compartido un té en el Ocean Club de Mar del Plata y se decía que “guardaba cama”, eufemismo por estar embarazada, la señora Fulana de Tal y Cual (todas portaban dos apellidos). Esa “Prensa” nunca rectificaba lo que había publicado, aunque fuera erróneo o falso. Y estaba prohibido nombrar Perón: era “el tirano prófugo” o “el dictador depuesto”, y que a nadie se le ocurriera combinar ni depuesto o dictador prófugo. A un cuentista del vértigo de Manuel Peyrou, amigo de Borges y Bioy Casares, con los que solía cenar en el citado restaurante, no se le asignaban columnas, ni se le publicaban relatos, boicoteado por el auténtico conductor del matutino: José Santos Gollán. Dato curioso: Gollán había hecho huelga en ocasión de la Semana Trágica de 1919, pero fue reincorporado y llegó a ser el número uno de la redacción. Cabe señalar que en los años 30 una encuesta estableció que por la amplitud de sus servicios *La Prensa* era considerado el tercer diario del mundo, detrás del *Times* y el *New York Times*.

En *La Nación* firmaban críticas de cine Tomás Eloy Martínez y Ernesto Schoo, “Manucho” Mujica Láinez se ocupaba de artes plásticas y Eduardo Mallea dirigía el suplemento literario. El narrador Augusto Mario Dellino escribía toda clase de textos, entre ellos comentarios deportivos, como Pablo Rojas Paz (su seudónimo era “El negro de la trillana”), y el poeta José Daniel Vacava, desde la pignia de Arquitectura, era maestro de jóvenes redactores.

Es famosa la anécdota que muestra a Roberto Arlt llorando sobre su máquina de escribir, en la redacción de *El Mundo*, comovido por la dramática historia de una prostituta asediada por el café que la explotaba. Arlt logró imponer sus Agufateiros —le compraron algo de lo mejor suyo— en las que volcaba su condición de estupefacto cronista que rescató inolvidables personajes de la dura vida de los años 30. Volviendo a policiales, quien siguió los pasos de Giannuzzi fue el autor de *Odiseo confinado*, Leónidas Lamborghini, que integró las redacciones de *Crítica y Noticias Gráficas* sin haberle asonada, tampoco un reñido sobre Ylva Murano, la envenenadora de Barracas. “Me hubiera gustado bailar un tango con Ylva”, decía Lambor.

En *Clarín* de fines de la década del 70 el talentoso Ricardo Zelarayán era candidato a las 9 de la mañana, como un vulgar reportero, a hacer la nota de un incendio o un choque. Antes había sido plumero (mucho más que reportajes) con Juan L. Ortiz y Antonio Di Benedetto. La suma de talento y musedumbere mereció desprecio. En esa época en el tabloide fundado por Roberto Noble era común castigar a periodistas de primera línea oblidados a al diario por la mañana y soportar la humillación de que no se les encomendara tarea alguna. Fueron víctimas de esta condena Emilio Petcoff, creador del licenciado Pischbenda, que brillante investigador de crímenes y mafias, Jorge Astis, que aprovechó el “destierro” para escribir una cruda novela sobre el submundo de *Clarín*, Carlos Beque, Alberto Carbono y otros colegas. A favor de la conducción originaria de *Clarín*, década del 50

y algo más, corresponde señalar que en días en que no era fácil conseguir conchabo para un profesional que adhería al comunismo formaron parte del staff el ensayista Héctor Agosti, que escribía editoriales, y los consagrados poetas Raúl González Tuñón, crítico de arte plásticas, y José Portogallo, simple cronista volante.

Entre las revistas abundaban los escritores y en sus páginas tenía más posibilidades de lucir su destreza y su ingenio, y había cierto respeto por el estilo. En *Pensamiento* trabajaron Juan Gelman, Rodolfo Rabanal y Jorge Laffore. En *Siete días* colaboraban Rozenmacher y Mempo Giardi-nelli. Y en *Confirmado* Miguel Briante —que ha firmado textos memorables—, Héctor Viel Temperley y Jorge Di Paola.

En sus inicios en la profesión este cronista lo comovió un episodio. Tras cubrir el acto de presentación de un libro fue al cine Lorraine a ver una película de Luciano Visconti. Había una larga cola para ingresar a la sala. “Pibe, vení...”, oyó que lo llamaban. Era Portogallo. “Le ví en la conferencia, pero me rajé y no tengo el final. ¿Qué pasó?”, preguntó. Anotó un par de párrafos, corrió a un teléfono, pasó a *Clarín* el remate de la crónica y volvió a la cola. Este cronista admiraba la poesía de Portogallo, que siendo un cimiento bailarín de tango había sabido vocear en una feria “hay pollo y gallina gorda”. Ahí mismo surgió un planteo. No podía ser que a punto de retirarse mandaran a un Portogallo a cubrir una nota que debía hacer un principiante. El cronista se fijó un compromiso: estar preparado para que en el lejano, inasequible 2000 no le ocurriera lo mismo. Si por que lo ha cumplido. De lo que está seguro que nunca hubo tanto mercedario suelto ofreciendo su pulpa a la picadora de carne.



Archivo Histórico de Revistas | www.ahh.org.ar | **picadora de carne de escritores?**

Autores locales e internacionales desde el sanjuanino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) hasta el ex director de la Universidad de Harvard, Henry Rosovsky (1927), integran la selección de libros de la Colección de Educación Superior que publica la Universidad de Palermo, un corpus que apunta a convertirse en el bagaje teórico de la universidad del futuro. La colección se publica a través de

la Facultad de Ciencias Sociales de la UP y dentro de ella, de su Cátedra Unesco-ONU: Historia y Futuro de la Universidad, con el fin de analizar las funciones y dilemas a que enfrentan estas instituciones, con miras de potenciar su desarrollo. *Evaluación y acreditación universitaria. Actores y políticas en perspectiva*, es uno de los títulos de reciente aparición, que compiló Raquel San Martín.



Las distintas vidas de Ricardo Piglia



JUAN RAPACIOLI

“Las distintas vidas que he vivido como escritor se manifiestan y se entrecruzan aquí”, dijo Ricardo Piglia (Adrogué, Buenos Aires, 1941) sobre su reciente *Antología personal*, una retrospectiva realizada por el propio autor que, marcada por el cambio de registro y la diversidad de estilos, presenta cuentos, ensayos, relatos autobiográficos e intervenciones públicas.

Considerado uno de los autores fundamentales de la literatura latinoamericana contemporánea, Piglia es narrador, crítico, ensayista y durante veinte años fue profesor en las universidades de Princeton y Harvard, en Estados Unidos.

Entre los premios que ha recibido, se destacan el Iberoamericano de Letras José Donoso (Chile, 2005), el de la Crítica (España, 2010), el Rómulo Gallegos (Venezuela, 2011), el Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas (Chile, 2013) y el Konex de Brillante 2014, en la categoría Letras. Realizó, además, un ciclo de clases abiertas sobre la obra de Jorge Luis Borges en la *TV Pública*.

En diálogo con *Telam*, el autor de *Respiración artificial* habló del origen, forma y contenido de esta antología —publicada por el Fondo de Cultura Económica y dedicada a Roberto Jacoby—, que aparece como su pieza más íntima en medio siglo de producción literaria.

¿Se puede pensar en un momento de concepción de esta antología? Fondo de Cultura tiene una colección de antologías de escritores latinoamericanos, pero está a cargo de un crítico hacer la selección. Hay una, muy buena, de Byr Casas hecha por Marcelo Pichon Riviere. Me propusieron hacer algo así y me acordé del



PIGLIA. ANTOLOGÍA PERSONAL, UNA RETROSPECTIVA QUE INCLUYE CUENTOS, ENSAYOS, RELATOS Y CONFERENCIAS. REALIZADA POR EL PROPIO AUTOR.

“...las distintas vidas que he vivido como escritor se manifiestan y se entrecruzan aquí. El novelista, el profesor, el solitario que escribe un diario, el que da conferencias y también el que escribe cuentos...”

más divertido que yo mismo eligiera los textos. Ese método de convertirse en editor de sí mismo es bastante habitual entre los poetas, pero es más raro entre los narradores. Entonces empecé a pensar en un libro con textos seleccionados por mí. Son los que más me gustan en esta época, lo que no quiere decir que sean los mejores.

¿Por qué, según se lee en el prólogo, este es el libro que te representa más fielmente?

Porque son los textos más personales y porque tuve la oportunidad de incluir los varios registros en los que imagino que me muevo. Hay relatos, hay ensayos, fragmentos de mis diarios, hay intervenciones públicas, hay clases. De ese modo puedo creer que las distintas vidas que he vivido como escritor se manifiestan y se entrecruzan aquí. El novelista, el profesor y el crítico que en cada época ordena

dejar de lado el orden cronológico y presentar los textos desde el cambio de registro?

Bueno, traté que la disposición de los textos respondiera a un orden interno no tan visible. El libro es un collage y su procedimiento básico es el montaje. Los escritos leídos en otro contexto cambian, se relacionan entre sí de otro modo. Quizá haya algo común, es lo que en el libro he llamado la forma inicial.

¿Pensás que se puede seguir haciendo, hoy en día, la pregunta de Sartre: ¿Qué es la literatura? Es una buena pregunta, porque plantea la necesidad de definir en el océano de lo escrito, qué está escrito y qué en cada época ordena de manera diferente lo que se entiende por literatura.

Los artistas contemporáneos

se plantean una y otra vez la cuestión de saber cuál es y en qué consiste la condición artística de un objeto. El arte no es algo dado, necesita ser imaginado como tal para existir.

¿Existe una función de la literatura?

Cada lector define esa función a su manera. Desde luego la literatura tiene como materia básica el lenguaje que todos usamos, en ese sentido es una experiencia común. Todos somos escritores dado que todos escribimos. La cuestión es cómo se define el uso de los textos que los identifica como literatura. O sea que la primera función de la literatura es definirse a sí misma como tal.

¿Cuál es el modo de leer de nuestra época?

Es una paradoja. Para poder contestar habría que estar fuera de la



MANUEL SADOSKY, PADRE DE LA COMPUTACIÓN ARGENTINA

El *señor de la tribu*, un libro tributo sobre el matemático Manuel Sadosky (1914-2005) que acaba de publicarse en el centenario de su nacimiento, busca componer un personaje alejado del pedestal donde está colocado como padre de la computación argentina. Este trabajo plantea retratarlo como alguien que, a lo largo de medio siglo de actividad pública, se propuso convertir a la ciencia y a la

tecnología en herramientas de liberación económica y cultural. "Sadosky fue un maestro generoso y un político que siempre postuló la necesidad de sacar a la ciencia del estrecho mundo de los especialistas para difundirla en un sector amplio, en beneficio de las mayorías", remarcó el matemático Raúl Carnota, compilador del libro junto a Carlos Borches.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ MIÉRCOLES 31 DE DICIEMBRE DE 2014

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTI ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

→ JAVIER CHIABRANDO

La historia que cuenta *Ménde* de Sebastián Chilano nace en un principio que en la novela no está en el principio y tiene un final que no está en el final. Como si esto no bastara, algunas partes del medio no están en el medio. Entonces, para conocer la historia completa que esta novela nos cuenta no queda otra que recorrer el camino que Chilano diseñó para hacernos de un tal Ménde, o mejor dicho, de los Ménde.

¿Quién es Ménde o los Ménde? Ménde es uno de los nuestros, que se relaciona con gente como nosotros, que busca lo que buscamos nosotros y que a veces lo consigue. Pero ese premio puede incluir una trampa, que los Ménde descubren tarde, cuando ya dieron el paso que los pone en el borde de su propia destrucción. Los Ménde, los que trabajan con y para los Ménde, los socios de Ménde, en definitiva los tipos como uno, dan ese paso porque ese paso los puede llevar a un lugar que creen merecer. Es paso es minúsculo, imperceptible, pero traba a los Ménde del lado de lo legal al lado de lo probado, de ahí su importancia. Lo que los Ménde creen merecer hay que ir a buscarlo al lado legal de la sociedad.

Es una secuencia que se da más o menos así. Ménde cruza un semáforo en rojo y no es multado. Ménde usa una factura falsa para justificar un gasto inconfesable, digamos una prostituta, y nadie lo descubre. El paso insignificante es una pequeña evasión de impuestos, una estafa insignificante, un delito menor pero importante, porque sin ese paso no hay camino a ningún paraíso. Ese paraíso que en Ménde de Chilano es un mercedario y vuelve a mentar viaje a Dominicana, un lugar al que van los Ménde que triunfan.

Pero llega el momento en que para mantener el camino de la pequeña estafa hay que matar. Eso es lo que los Ménde ignoran cuando comienzan a cruzar semáforos en rojo y a comprar



Gente como uno

facturas falsas. Acá es cuando aparece esa recurrente idea de que todos tenemos un muerto en el placard, que en el caso de la novela *Ménde* es en el baúl. Y en la huida, los Ménde vivos y los Ménde muertos se cruzan con otros Ménde que viven de los mismos sueños: ir a Dominicana, vivir sin trabajar, de rentas, de pequeñas estafas. No importa cuánta mat y quién muere porque son todos Ménde, Ménde vivos, Ménde muertos, hijos de Ménde, el contador de Ménde, y tal vez los Ménde que leemos.

Ménde es uno de esos tipos a los que uno encuentra en las noticias de los diarios y se pregunta por qué mató si confesando el pequeño crimen que había cometido no hubiera sido ni un día a la cárcel. Pero lo que los Ménde

sólo es el anonimato de la pequeña estafa sino una moral, también pequeña como la estafa, también mediocre como la estafa, insignificante como la evasión. Es que esa moral encierra un estilo de vida, siempre pequeño, mediocre, pero que tiene un premio que está en alguna parte del camino: el empleado del mes, el viaje a Dominicana. Si no se mata no habrá posibilidades de viajar a Dominicana porque habrá que devolver el dinero, pagar impuestos, ser menos que un Ménde, lo que es un escenario para cualquiera que haya pasado un semáforo en rojo y no haya sido multado, que sabe dónde comprar facturas falsas, que está planeando la estafa perfecta.

Los Ménde son como los personajes de las películas *Nueve Reinos* o *El Aura*, gente que tiene un premio que en este caso es lo mismo, porque creer que se tiene es parte de esa moral) pero que no tiene ningún reparo en rifarla por

que de algo hay que vivir, con algo hay que progresar: estafando, o al menos soñando con robar un banco. De ahí el éxito de esas películas: representan el sueño recurrente de todos los que cruzan un semáforo en rojo y no son multados y ya no pueden parar.

El mérito de Chilano es haberlos juntado como en un club, o como en esas fiestas donde se reúnen docenas de personas de una misma familia, para construir una excelente novela con el marco de fondo de una argentina que avergüenza.

A la pregunta *¿Ménde* es una novela negra? habría que contestar que nunca como en otras ocasiones están dadas las condiciones para que lo sea: un muerto, una huida o su parodia, mentiras, identidades falsas, trampas, estafas, que en este caso es lo mismo, porque creer que se tiene es parte de esa moral) pero que no tiene ningún reparo en rifarla por

todo aderezado de mucha deseperación o en su defecto de la intolerancia de verse condenado. Y con el dinero como fondo. Y cuando el dinero pasa a un segundo plano, el crimen como fondo, pero no el crimen organizado, no el crimen épico, no el crimen pasional, sino el crimen necesario, el que se usa para proteger la pequeña, minúscula, estúpida estafa.

A la pregunta *¿Ménde* es una novela social? habría que responder que nunca como en otras ocasiones están dadas las condiciones para que lo sea: retrato de una clase social en su intimidad, de la crisis de los miserables valores morales que sostienen esa clase social, el interior de familias de esa misma clase y un abajo al que no se quiere caer y un arriba al que se teme nunca llegar. Dominicana está lejos, y cuesta caro. ¿Cuánta gente habrá que traicionar o matar para llegar allí?

Sebastián Chilano es médico, autor de *Riña de Gallos*, de *Las reglas de Barragán* (Premio Laura Palmer no ha muerto 2012) y de *Tan lejos que se mueren*, en colaboración con Fernando Del Río escribió *Furia. La cola del lagarto y El geratrículo* (Ediciones B). Vive en Mar del Plata, y viene construyendo una obra sólida donde cada libro parece ser un ladrillo de una pared de límites insospechados.

Hablar a esta altura del estilo seco y conciso de la novela negra es una obviedad que poco dice de tantos malos imitadores y confundidos que hay sobre el tema. Chilano hace una parodia más original, no da la información cuando se le da la gana y se guarda los datos hasta que sea el momento adecuado. Y sí, todo escrito con el estilo seco y conciso que a la novela negra le suele venir bien, aunque aquí no es sólo estilo, es la forma en la que habla y piensa estafando a la gente que un día cruzó un semáforo en rojo y no fue multado, y comenzó a soñar una vida que implicaba viajar muerto en un baúl o viajar con un muerto en el baúl, que es casi lo mismo.